

ACTO EN HONOR DEL PROFESOR LASUÉN CON MOTIVO
DE SU JUBILACIÓN DE LA CÁTEDRA DE TEORÍA ECONÓMICA
DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

El pasado 17 de octubre tuvo lugar en la Facultad de Económicas de la Universidad Autónoma de Madrid el acto de homenaje al Profesor Lasuén con motivo de su jubilación como Catedrático. Con la presencia del Rector de la Universidad y del Decano de la Facultad, se pronunciaron diferentes parlamentos. Don José Manuel Morán Criado, en representación del Capítulo Español del Club de Roma, destacó los hitos relevantes del Profesor Lasuén en el ámbito profesional y particularmente sus intervenciones en los foros internacionales. Don Miguel Herrero de Miñón, Letrado Mayor del Consejo de Estado, se refirió a las actividades políticas del Profesor. El Catedrático de Economía Aplicada, Don Maximino Carpio García, enfatizó el importante rol del Profesor Lasuén en la organización de la Facultad de Económicas de Madrid en sus momentos fundacionales. Por su parte, el Doctor Joan Hortalà i Arau, Catedrático de Teoría Económica de la Universidad de Barcelona y discípulo del Profesor Lasuén, concretó el impulso decisivo que para la modernización de la enseñanza de la Teoría Económica en España desarrolló el Profesor Lasuén desde su incorporación a la Facultad de Económicas de Barcelona. De esta intervención, conjuntamente con las palabras pronunciadas por Don José Ramón Lasuén, Cuadernos de Economía se honra en ofrecer a continuación los textos íntegros.

INTERVENCIÓN DEL DOCTOR HORTALÀ

Magnífico y Excelentísimo Señor Rector, autoridades, compañeros y amigos.
Estimado maestro.

Quiero en primer lugar agradecer el honor que supone pronunciar unas palabras en este acto. Seguramente he sido elegido por ser el primero en orden temporal a acceder a la cátedra de entre los muchos que tienen al profesor Lasuén como mentor. Seguramente también porque seiscientos kilómetros al Este es distancia razonable para discursar sin el peso de las vivencias cotidianas. Y seguramente, en fin, porque ser el primer discípulo impone carácter, un carácter forjado en la lealtad, en el reconocimiento y en una amistad sincera, mutua y perdurable. En cualquier caso, muchas gracias.

* * *

Don José Ramon Lasuén Sancho, el Doctor Lasuén como en Catalunya se nombra a los catedráticos, tomó posesión de la Cátedra de Teoría Económica de la Universidad de Barcelona el día 10 de junio de 1960, con una retribución básica anual de 28.300 pesetas.

Llegó a Barcelona, recién casado con Doña Carmen Rubio y en Barcelona nacieron sus tres hijos Berta, Carlos y Marta y tras ganar una oposición compleja y rompedora. Compleja, por los apriorismos sobre el resultado habida cuenta la composición del Tribunal (Manuel de Torres, Valentín Andrés, Ángel Vegas, Humberto Villar y José Castañeda); rompedora, porque el éxito significará un cambio, en muchos sentidos revolucionario, en la orientación y en el método hasta entonces usual en las tres facultades de económicas existentes en el país: Madrid, Barcelona y Bilbao.

* * *

En este escenario y de la mano de su maestro Don Manuel de Torres Martínez (pro-hombre de la economía tanto en el ámbito académico como en el institucional del momento), Lasuén aportaba un historial brillante: Premio Extraordinario en el Bachillerato cursado en Zaragoza y Premio Extraordinario en la Licenciatura y en el Doctorado en la Facultad de Madrid. También, un Máster de la Universidad californiana de Stanford, lo cual inauguraba la tenencia de titulaciones extranjeras en nuestro ámbito.

Lasuén, en contra del substrato cognoscitivo de influencia germano-italiana, aportaba la reflexión anglosajona con tintes metodológicos de la escuela de Viena en la vertiente pragmática defendida por Hans Reichenback, por aquel entonces en California. Tanto es así que el lema inicial en su *Memoria Pedagógica* no era sino «el éxito favorece más a los que actúan, que a aquellos que piensan lo que deben hacer».

Este rebrote pragmático chocó de pleno con el formalismo rutinario defendido por el grueso de los catedráticos de Teoría Económica del momento, los cuales regían por completo los currículums de las facultades de Madrid, Barcelona y Bilbao. De hecho, el guión suscrito por Don José Castañeda Chornet en Madrid era seguido por Humberto Villar Serraillet en Barcelona y por Juan Echevarría Gangoiti en Bilbao. Éstos dos últimos en solitario en las respectivas demarcaciones territoriales. Don José, que con todo hay que agradecerle el mantenimiento del rigor en momentos difíciles por frivolidades ideológicas y discursivas, ejercía conjuntamente con Don Valentín Andrés Álvarez, ya en vías de jubilación, y obviamente con Don Manuel de Torres, que por desgracia fallecería al poco tiempo.

Con Lasuén en la cátedra, la orientación disciplinar de las facultades de económicas españolas discurriría en dos direcciones, la propia del recién incorporado y la consagrada con Castañeda, Villar y Echevarría, a la que a renglón seguido se añadiría José Manuel de la Torre y de Miguel. Este panorama marcaría el período desde 1960 hasta 1966, en que una nueva oposición hartó complicada, y en aquel entonces de gran resonancia, llevó a la cátedra a Ángel Rojo Luque y a Joan Hortalà i Arau, aquel aupado por Manuel Varela Parache y yo por José Ramón Lasuén.

* * *

Por supuesto que mi carrera académica, como la de muchos más, tiene en Lasuén el punto de arranque. Porque Lasuén en Barcelona, nunca mejor dicho, sentó cátedra.

La facultad a la que se incorporó presentaba un panorama singular. Asimétrico en cierta medida. Las enseñanzas complementarias al núcleo económico estaban comparativamente muy bien proveídas. El profesor Jaume Vicens Vives y luego Jordi Nadal i Oller impartían las asignaturas de Historia Económica de España; Enrique Llinés Cardós, las de Análisis Matemático; Antonio Polo Díez, Manuel Alonso García y Manuel Jiménez de Parga las disciplinas jurídicas y Manuel Sacristán Luzón, filosofía y metodología.

Y es que al ser el centro de nueva creación (el curso inaugural en Barcelona tuvo lugar en octubre de 1954), las facultades hermanas de la Universidad de Barcelona le prestaron sus más brillantes profesores. El núcleo económico, en cambio, se abaste-

cía con incorporaciones esporádicas hasta la llegada de Humberto Villar que, si bien tenía a su cargo los cuatro cursos de Teoría Económica y adicionalmente las materias propias de Econometría, se centraba básicamente en «Teoría dos» (Microeconomía) con referencia exclusiva en las *Lecciones de Teoría Económica* de Don José Castañeda, que por aquel entonces se vendían por fascículos y que eran de aprendizaje casi memorístico.

Pero este panorama cambió radicalmente a partir del curso 1960-61, pues con Lasuén también se incorporaron a la Facultad de Barcelona Fabián Estapé Rodríguez y Juan Velarde Fuertes, éste sin embargo por poco tiempo. Fue así como el núcleo sustantivo de aprendizaje de economía ocupó súbitamente el lugar primero y el que obviamente corresponde a una facultad de tal nombre: Estapé en Política Económica, Velarde en Estructura Económica de España y Lasuén en Teoría Económica.

El hecho de que esta asignatura, Teoría Económica, de acuerdo con aquel plan de estudios, se impartiera en cada uno de los cursos de la licenciatura, puesto que Historia de las Doctrinas Económicas de quinto curso era materia anexionada, situó al maestro Lasuén en posición destacada y de gran influencia en las aulas y en el claustro. Influencia que, con todo, no se redujo ni por los viajes al extranjero, ni por su actividad como asesor del Presidente de la Federación Española de Cajas de Ahorro, ni por ser Subdirector de Urbanismo y Planificación Regional del Ministerio de la Vivienda ni, en fin, por ejercer como Jefe del Gabinete Técnico que Laureano López Rodó había organizado en la Secretaría General de la Presidencia del Gobierno.

* * *

Lasuén, desde el primer momento reorganizó la disciplina. En Teoría Económica de primer curso, que comprendía una introducción a la economía, recomendó el Manual de William Fellner, *Origen y contenido del análisis económico moderno* (1960), que una vez traducido al castellano remplazaría a la dispersión de textos anteriores y que, con la posterior aparición del *Manual* de Raymon Barre, cumplimentaría el programa de esta asignatura hasta que tradujo la *Introducción a la Economía Positiva* de R.G. Lipsey en 1965.

La recomendación del libro de Fellner no sólo supuso la homologación a nivel internacional de la iniciación al aprendizaje de la economía, sino que tenía por objetivo, como remarca Lasuén en la *Presentación*, solventar el conflicto que comportaba el hecho de que como «... en el programa de la carrera de Ciencias Económicas, el curso de Historia de las Doctrinas Económicas no aparece hasta el último año, las

teorías económicas se exponen fuera del contexto histórico en que aparecieron y los estudiantes se van enfrentando con una Teoría Económica a la que difícilmente ven relación con la realidad que trata de explicar».

En Teoría Económica de segundo curso, en donde se impartía Microeconomía, el cambio fue drástico. El texto de J.M. Henderson y R.E. Quandt, *Teoría Microeconómica* remplazaba las *Lecciones* de don José Castañeda, hasta aquel entonces única guía y de uso exclusivo en todas las facultades del país.

Los *Principios* de Heinrich F. von Stackelberg, que editara en 1959 «El Instituto de Estudios Políticos» y traducido por un plantel de nota (Juan Antonio Piera Labra, José Vergara Doncel, Alberto Ullastres Calvo, Valentín Andrés Álvarez, Miguel Paredes Marcos y José Castañeda Chornet), era sólo un referente lejano para iniciados.

Si con la obra de Fellner se pretendía cimentar la perspectiva cultural que provee el conocimiento de las ideas económicas en línea con la afirmación que «el economista que sólo economía sabe, ni economía sabe», con el Henderson y Quandt se abrían las puertas al enfoque formal moderno. Formalismo, sin embargo, que en ningún caso llevaba a concebir la economía como ciencia matemática, aunque en el bienentendido que las matemáticas son indispensables en el análisis económico. En realidad, se trataba de desligar la elucubración matemática de raíz ingenieril y subrayar su utilidad en Teoría Económica por lo que comporta de rigor en relación a la simplicidad de los cuadros y a la expresividad de los gráficos, en un contexto de interrelación entre ecuaciones, cifras y diagramas. Y además, situar el estudio de la Micro al nivel en que se practicaba en los centros académicos más prestigiosos del momento. No hay que olvidar que el libro de Henderson y Quandt deriva directamente de las explicaciones de P.A. Samuelson al ir gestando su trascendental *Fundamentos del Análisis Económico*.

La Macroeconomía era el objeto de estudio en el tercer curso de la carrera y Lasuén, en este ámbito, presentó a la facultad de Barcelona el señor Keynes, hasta entonces desconocido. Sus clases seguían el libro de Alvin H. Hansen, *La Guía de Keynes*, y se complementaban con el manual de George N. Halm, *Economía del dinero y de la banca*, que traducido por Pedro Martínez Méndez tenía el aval, en tanto que *Prólogo*, del profesor Juan Sardà Dexeus, en aquellos días Director del Servicio de Estudios del Banco de España.

El cuarto curso de Teoría Económica versaba sobre Dinámica Económica. Aquí el doctor Lasuén se pasó. Estábamos a principios de los años sesenta y sus recomendaciones sólo incluían libros en lengua inglesa. El grueso del curso giraba alrededor de la publicación de Maurice W. Lee, *Economic Flutuations: Growth and Stability*, recomendándose como lecturas complementarias el volumen de P. Studensky, *The*

Income of Nations: Theory, measurements and Análisis, y el trabajo de H.B. Chenery y P.G. Clark, *Interindustry Economics*. Comprensiblemente, de aquel curso se sacaron muchas ideas, pero escasas conclusiones.

En todo este marco, el profesor Lasuén popularizó, además, el funcionamiento de los «seminarios», en donde grupos reducidos de alumnos eran direccionados hacia sus dos «grandes» temas de preocupación en aquellos días: los aspectos metodológicos y sobre todo la economía regional y urbana. Así, de una parte, se concluyó con la traducción del libro de A. Papandreu, *La Economía como Ciencia*, con un excelente prólogo de Manuel Sacristán en donde resituaba las pretensiones de los contables, en aquella época muy exageradas; de otra parte, en el énfasis en la obra de Gunnar Myrdal, *Teoría Económica y Regiones Subdesarrolladas* y, en particular, con la traducción del Manual de Walter Isard, *Métodos de Análisis Regional*.

Toda esta larga perorata de autores y obras puede parecer en los tiempos actuales un mero recuento bibliográfico. En perspectiva histórica, sin embargo, supuso un cambio trascendental en la enseñanza de la Teoría Económica que desde la Cátedra de Barcelona se expandió al resto de facultades, acaso no con idénticas referencias pero sí en tanto que renovación y puesta al día. El papel de José Ramón Lasuén, en este sentido, fue crucial, situándolo como el propulsor de la modernización del aprendizaje de la economía teórica en nuestro país.

* * *

Lasuén inició esta tarea al empezar el curso de 1960-61. Llegó a Barcelona acompañado de Juan Oria López-Durán, tristemente fallecido, y de Sebastián Salvador Plandiura, todavía Presidente del Real Automóvil Club de Cataluña. Luego se incorporaría Alejandro Lorca Corrons y algo más tarde Antonio Santillana del Barrio. Fue precisamente «Santi», a quien conocía desde la mitad de los años 50 en que cursábamos estudios primarios en las Escuelas Pías de mi ciudad natal de Olot, quien me ofreció pertenecer al departamento de Teoría Económica, después del examen de Premio Extraordinario de Licenciatura. Lasuén se dedicó con tanto ahínco a mi formación que en cinco años consiguió que accediera a la Cátedra, con la particularidad de haber estado casi la mitad de este tiempo en el extranjero, particularmente cursando el doctorado en la London School of Economics.

A partir, pues, del curso 1965-66, el Departamento de Teoría Económica de la Universidad de Barcelona disponía ya de dos Catedráticos, caminando en la dirección que cinco años antes había diseñado el maestro Lasuén. Duró, con todo, poco tiempo. Porque al finalizar este curso Lasuén se trasladó a Madrid para organizar,

ya como Decano, la Facultad de Económicas de la recién creada Universidad Autónoma.

* * *

Este proceso de creación de nuevas universidades supuso, obviamente, la creación a su vez de nuevas facultades y secuencialmente de nuevas cátedras de Teoría Económica. En este contexto, Santillana ganó la cátedra de Málaga y, en el turno de profesores agregados (que accedieron luego directamente a catedráticos), Lorca se fue a Valencia y, también se desplazó a esta universidad algo más tarde, Luis Barbé Durán. El «grupo Lasuén» empezaba a adquirir robustez y consistencia en términos comparativos. Ángel Ortí Lahoz y Antonio Argandoña Rámiz serían los siguientes en ensanchar el grupo. Luego entrarían el malogrado Pepe Vergara y Manolo Gala.

En este escenario, irían concurriendo en todas y cada una de las siguientes convocatorias aspirantes pertenecientes a nuestro enclave, constituyendo incorporaciones de segunda, tercera y cuarta generación. Es el caso, con marchamo de origen de Barcelona, de Alfredo Pastor Boetmer, Narcís Serra i Serra, José Oliu Creus, Juan Fernández de Castro, José Antonio García-Durán de Lara, Eugenio Aguiló Pérez, Eduardo Berenguer Comas... Y desde otros enclaves geográficos, Francisco Monchón Morcillo, Rafael Rubio de Urquía, Luis Tormo García, Juan García Solanes, José Villaverde, Felipe Sáez, José Masiá, Ma. Lucía García Cabañes...

* * *

Los compromisos extraacadémicos que, queridamente o no, acarreo la Transición Política diluyeron el interés preferente que hasta aquellos días constituía, como factor de cohesión, el quehacer universitario. Por supuesto, que desde un principio Lasuén combinaba sus tareas universitarias con determinadas ocupaciones profesionales, siendo la constitución de la sociedad LASA, el exponente mayor y más remarkable de estas actividades. Sin embargo, este pié metido en el mundo profesional, no restaba impulsos a la formación académica. En cierto sentido, todo lo contrario, puesto que muchas de estas tareas eran un valioso complemento al ejercicio intelectual propio de la Teoría Económica, en el sentido de manejar los instrumentos analíticos con cifras y documentos del mundo de la realidad. Y además, para aquellos que las ejercían les suponían ingresos adicionales.

Pero el entretejido político fue diferente. Primero, por la pluralidad ideológica y luego porque el desempeño de responsabilidades públicas, en función de los resulta-

dos partidistas, suponían el alejamiento, siquiera sea transitorio, de los ambientes genuinamente universitarios. El vacío que todo esto supuso fue progresivamente rellenado, en buena medida curiosamente por gente también en algún momento vinculada al grupo de Lasuén. Su enfoque, no obstante, era diferente, sobre todo por un énfasis exagerado en pro del formalismo y subsiguiente modelización así como por un alejamiento relativo del mundo real, del referente empírico e incluso del marco cultural inherente a la evolución del pensamiento económico. Con el tiempo adquirirán «poder de mercado» y en sublime meditación trascendental red denominarán la aceptación universal de Teoría Económica por el título de un manual.

En los momentos álgidos, de todas maneras, los componentes del grupo sumaban más del 70% de los catedráticos del escalafón de Teoría Económica, casi el 58% de los artículos publicados en revistas científicas españolas y el 98% de las tesis doctorales en Teoría Económica defendidas en Barcelona y en la Autónoma de Madrid. Como proclamó el profesor Ramón Trias Fargas, después de la oposición en la que obtuvo plaza Ángel Ortí, Lasuén podía considerarse con toda propiedad «maestro de maestros».

* * *

Llamará la atención, sin duda, que cada vez que me refiero al entorno de Lasuén lo califique de «grupo». Y es que Lasuén formó a muchísimos discípulos pero, a mi juicio, no creó escuela. Y ello, también a mi modo de ver, por diferentes motivos; motivos más allá de razones ideosincráticas, puesto que la historia de las ideas pone en evidencia que un buen número de grandes maestros no han sido ajenos a ciertos «tics».

En sentido estricto no ha existido, pues, escuela Lasuén. Primero, por su carácter libertario, en el sentido americano del término. De hecho, cuando apareció el libro de Nozick, *State, Anarchy and Utopia*, Lasuén se sintió tan complacido como identificado.

Segundo, porque la distancia favorece con toda legitimidad la creación, si no de reinos de taifas, sí de señoríos feudales.

Tercero, porque el otorgamiento de delegación que practicaba el maestro se guiaba más bien por pautas de disfuncionalidad y sin control a posteriori, en especial en la primera etapa de la Autónoma de Madrid. De este modo, aquellos que recibían delegación, partícipes a su vez del comportamiento anarquizante, actuaban con ligeros toques despóticos que alejaban a los que sucesivamente iban accediendo al escalafón.

Cuarto y sobretodo, porque Lasuén ha sido un pensador original, pero lanzada la idea dejaba habitualmente de perseverar en la misma. Cuando Marc Blaug, en la London School of Economics, preparaba una exhaustiva enumeración de economistas con aportaciones relevantes desde la Guerra Mundial hasta el tercer cuarto del siglo xx, o sea, nuevas ideas al margen de trabajos eruditos, descriptivos o sintéticos, me confió (y luego lo publicó) que de España tan sólo podía incluirse a José Ramón Lasuén.

Quinto, la no perseverancia, pues, en los temas, excluía el guiaje y, por lo tanto la formación de equipos especializados en líneas concretas de investigación. Ciertamente, de todas maneras, que el punto nuclear del programa de investigación de Lasuén se centra en el análisis regional y urbano. Sin embargo, las extensiones que a lo largo del tiempo ha ido incorporando al mismo, con publicaciones y conferencias aquí y en el extranjero, han dado lugar a líneas de estudios tan diversas que abarcan desde aspectos propios de la psicología experimental hasta la economía de los servicios y desde la economía de la cultura hasta el estudio del crecimiento económico. Con una tal amplitud no es posible la «unidad conceptual» que define, en definitiva, una escuela. A no ser que todos nos hubiésemos reafirmado en el iconoclasticismo.

* * *

En cualquier caso Lasuén, como en sus campos de frutales de Alcañiz, sembró y recogió. Siembra y recoge... Y la cosecha es espectacular, dicho sea con toda la modestia que la academia exige. Y no es que no surgieran obstáculos, dificultades, contratiempos e incluso zancadillazos. De manera especial por parte de algunos, que con todo el respeto personal y académico que puedan merecer, se empeñaban inquisitoriamente en la descalificación y el menosprecio, apegados a «su» pensamiento monolítico condicionado, como en su día señaló el imaginativo y sagaz Fabián Estapé, por la singularidad de haber sido a la vez «flechas y pelayos».

No obstante, todo se superó y se supera. El pasado es un gozo y el presente es prometedor. Y a la postre, después de una larga vida universitaria, reluce con energía inagotable un magisterio ejemplar, una obra científica de primer nivel y el rol inicial y decisivo en la modernización de la enseñanza de la Teoría Económica en España.

Por supuesto que José Ramón Lasuén está entre nuestros mejores economistas de la época. Por no decir el mejor. Y nosotros, sus discípulos, nos sentimos orgullosos y afortunados de pertenecer a su constelación y agradecidos por el liderazgo de su orientación, tutela y estímulo. Por todo eso y mucho más, quiero acabar (después de haberles cansado ya mucho), proclamando públicamente en nombre propio y en el de

todos los que constituimos el grupo Lasuén el reconocimiento debido y sentido, con una locución tan escueta como expresiva: ¡muchas gracias maestro y por muchos años!

INTERVENCIÓN DEL PROFESOR LASUÉN

Muchas gracias a los organizadores del Homenaje, a los asistentes, y a los elogiadores. Trataré de corresponderlos con una breve y sincera confesión de vida y una recomendación de futuro.

Los elogios han sido excesivos pero algunos de los juicios en que se sustentan son acertados. Especialmente los que se refieren a que soy una persona con varios intereses que he ejercido alternativa y voluntariamente, a veces, a la par.

En efecto, me gusta la investigación y la enseñanza, pero también la gestión y la empresa y la política y la administración.

Eso habitualmente les sucede a los monógamos. En mi caso además tiene otras dos explicaciones, que nunca he expresado porque no las he comprendido claramente hasta que, tras la jubilación, he podido reflexionar sobre ello.

De las tres, la central, siempre ha sido la primera. En mis idas y venidas por la vida siempre he vuelto a la enseñanza, con placer. Las otras dos actividades han sido complementarias. Entre otras razones porque, realmente, no me gusta el poder, ni mucho menos la jerarquía y el ritual de la política, ni tampoco las preocupaciones de control que genera riqueza.

Pero, sin fortuna familiar, a la muerte de mi padre, a mis diecisiete años, tuve que trabajar y estudiar duro para ayudar a mi familia, especialmente a mi madre, que previamente se había sacrificado para ayudarme a seguir una carrera académica. Por otra parte, mi actividad empresarial siempre ha estado subordinada a la consecución de un nivel de vida que no podía garantizarme mi vocación universitaria. Un nivel de vida que, por tradición familiar y experiencia internacional, siempre ha sido la de un burgués ilustrado radical.

Mi conducta política también ha estado influida por mi entorno. Educado en el matriarcado bajoaragonés, solidario y libertario por la influencia judía e igualitario por las instituciones aragonesas, siempre he sido como mi familia, especialmente como mi padre de inspiración francesa, lo que hoy se llama un demócrata o liberal social.

Un centrista por creencias, reafirmado en ellas por la experiencia, desde muy joven, del peligro que en la España retardada posnapoleónica, han significado los

extremismos políticos: la lección fue muy próxima, mi padre estuvo encarcelado por los rojos y en un campo de concentración por los azules. Ello me convenció de la necesidad de superar los enfrentamientos potenciales mediante una democracia eficaz basada en una economía próspera, lo que requería una mayor integración con Europa.

Por ello, cuando tras mi periplo becado anglosajón, en Oxford, London School of Economics y Stanford, volví a España y el Decano de la antigua Facultad de San Bernardo nos ofreció a sus ayudantes la posibilidad de ayudarnos a obtener una plaza en la primera promoción de Economistas del Estado o a ganar una Cátedra de Teoría Económica, fui el único que opté por la segunda alternativa, más difícil, con menor remuneración y más lenta promoción administrativa. Era la que más satisfacía mi vocación, garantizaba mi libertad política y me permitía complementar profesionalmente mis ingresos.

No me equivoqué. He tenido mucha suerte y, como consecuencia, he realizado actividades muy estimulantes, en España y en el extranjero, emergente y desarrollado, tanto en el mundo de la empresa como en el de la política, pero ninguna me ha hecho más feliz que mis pequeños logros en la investigación, enseñanza y gestión universitarias. Tanto en la Universidad de Barcelona como en la Autónoma de Madrid, las dos que ayudé a crear.

Dicen mis discípulos, que me saludan con afecto cuando me ven, lo que me honra, que mis aportaciones básicas a la enseñanza de la Economía, a lo largo de medio siglo, han sido dos fundamentalmente: primero, el haber introducido continuamente en España la vanguardia del pensamiento económico internacional vigente en cada momento. Eso comenzó en 1960 en Barcelona dónde inicié la enseñanza del keynesianismo hasta entonces ausente en los programas universitarios españoles. Y ha seguido en todos los planes de estudios departamentales y facultativos que he dirigido. Especialmente he patrocinado, primero, la Economía Regional y Urbana y, últimamente, la Economía de los Servicios. En segundo lugar, el haber enseñado los diferentes componentes del análisis económico de manera que los alumnos pudieran percibir claramente en qué medida era útil para entender cómo las comunidades humanas, crean, innovan, invierten, producen, intercambian, y redistribuyen recursos para incrementar su bienestar individual y social. Ejemplificándolo con los acontecimientos más relevantes del momento nacional y mundial.

Mis críticos admiten que las dos líneas de investigación en las que he hecho aportaciones que han tenido alguna repercusión nacional e internacional han sido también dos. Ambas se derivan de mi convicción de que hay que ampliar el enfoque del análisis económico para que incluya dos variables habitualmente olvidadas. A saber, el

espacio, i.e., el territorio, físico y humano, y el tiempo, es decir, el devenir, la evolución, del conocimiento y del comportamiento; en breve, de la Ciencia y la Cultura y de las Instituciones. Que a su vez interactúan intensamente. Esa es la línea que, con diferentes matices y precisiones, liga mis primeras producciones en Economía Urbana y las últimas en Economía de la Cultura (que incluye la de los Servicios).

Esos no son, sin embargo, los límites de mi escuela. Si tengo alguna, y debe ser así porque alrededor de cincuenta catedráticos y más de una centena de profesores asociados, adjuntos y doctores se dicen, de alguna manera, mis discípulos, mi impronta no ha sido, como es habitual ni de contenido ni de método, porque nunca he exigido ese tipo de disciplina. He ayudado a crear micro y macroeconomistas, monetaristas y keynesianos, de enfoque matemático e histórico, de ideología conservadora, liberal, socialista y marxista, católicos fervientes, agnósticos y ateos beligerantes.... Siempre he tenido clara constancia de que para hacer una escuela independiente del tipo tradicional, no una franquicia académica de matriz anglosajona, como han intentado otros, habría de emigrar a Estados Unidos, cosa que estuve a punto de hacer antes de repatriarme para cumplir mis otros propósitos vitales.

No, mi escuela, que si la tengo, no ha sido ni de contenido ni de método, sino de perfil. Mis discípulos son y han sido, inteligentes, trabajadores, honestos y dispuestos a transformar el país, a su manera, desde la Universidad, que era dónde se debía y podía, para reintegrarlo en el mundo avanzado. También se han esforzado, como yo, en gestionar Departamentos, Facultades y Universidades.

Me siento satisfecho de esa labor académica. También, de lo que he conseguido en el mundo de la empresa, en España, y en consultoría internacional.

Igualmente en política. Aunque no he querido aceptar ninguno de los cargos que me han ofrecido en varios gobiernos, aparte de la asesoría económica al primer Presidente del Gobierno en la democracia, creo haber tenido alguna pequeña influencia en el desarrollo político desde 1976 a 1993. Tanto entre bambalinas como en el escenario. En cualquier caso, después de haber vivido conscientemente y luchado casi la mitad de mi vida en la España negra, estoy contento de haber ayudado a crear la España que soñaba: democrática, progresista, europea, de alto y creciente nivel de bienestar individual y social.

Probablemente estoy más contento y optimista de lo razonable porque, como recomendaban los clásicos, he vuelto al oasis de mi tierra, dónde la tasa de paro es casi nula, no hay conflicto social alguno ni lucha política, la gente se respeta y ayuda, y además vivo en mi finca, dónde la armonía, incluso la estética, es aún mayor.

Lo estaría aún más, y aún estoy dispuesto a trabajar cuanto pueda por ello, si España colaborara en la dirección de una mayor integración europea y, adicional-

mente, trabajara en serio por crear servicios de mayor calidad, que son las actividades del futuro de los países avanzados y en los que España es muy competitiva. Esa es mi obligada recomendación final y mi compromiso

La mayor integración europea es imprescindible si se quieren evitar los aspectos negativos de la presente y bendita globalización, que son las desigualdades crecientes que crea entre países, regiones, clases sociales e individuos de diferente nivel de especialización. Que es, últimamente, lo que motiva el desasosiego político y económico actual en España y Europa, Y son hechos que pueden no sólo disminuir las dimensiones positivas de la globalización, que causan el crecimiento absoluto de los niveles de bienestar de todos, incluso de los menos beneficiados, sino poner en cuestión la propia globalización. Y, en consecuencia, generar una regresión mundial desastrosa, como en su día acaeció con la tercera globalización de fin del siglo XIX: Gran depresión y dos guerras mundiales. Y con las quiebras de las previas: Las guerras de religión en Europa tras el fracaso de la primera globalización de los países ibéricos y las napoleónicas tras la quiebra de la segunda, franco-holandesa.

Para evitarlo, es necesario que Estados Unidos, China, Japón y una UE con más poder de redistribución fiscal intervengan para hacer que los ganadores relativos compensen a los perdedores relativos y evitar así que estos fuercen a algunos de ellos a adoptar medidas proteccionistas que aborten la presente globalización.

Ahora bien, suponiendo como es deseable, y probable gracias a la prudencia china, que, a pesar de que la Historia de las globalizaciones previas muestra lo contrario, la globalización prosiga y que la hegemonía económica pase del Atlántico al Pacífico y de Occidente a Oriente, España puede seguir mejorando su nivel de bienestar, a pesar de que Europa lo haga menos, gracias a su creciente especialización y competencia en economía de los servicios.

No sólo es la octava economía mundial, como se proclama, sino, gracias al español que se habla en América, la cuarta más competitiva del mundo en servicios, que será la actividad fundamental de los países desarrollados. En efecto, sólo se halla detrás de Estados Unidos, Reino Unido y Francia. Ahora bien para mantenerse y prosperar dentro de ese grupo precisa mejorar su sistema educativo.

Lo mucho que ha hecho hasta la fecha a ese respecto, que es aumentar considerablemente los años medios de educación de la casi totalidad de la población hasta el nivel de los países mas avanzados, le ha servido para crear su extensa economía de servicios de calidad media alta. Pero no excelente. Para poder competir en los servicios de más calidad precisa ampliar y mejorar mucho la enseñanza de postgrado, de masters y doctorados, que, respecto de la necesaria, es muy deficiente.

Al final, quiero decirlo, tengo que agradecer a muchos todo lo que me han ayu-

dado a conseguir lo poco que he alcanzado. Por no aburrir, no voy a citar a ninguno de mis excelentes profesores en las universidades que he mencionado y los compañeros de los centros de investigación en que he participado. Solo destacaré a Manuel de Torres, mi primer maestro, que fue el que me lanzó al ruedo.

El agradecimiento final, después de a mi mujer y a mis hijos que me han soportado, es a mis alumnos. He estudiado e investigado para enseñarlos mejor. Sin su exigencia habría hecho aun menos.

Madrid, 17 de octubre de 2007.